

Mesa 28: La cuestión urbana interrogada: Producción de la ciudad, actores y conflictos, una mirada desde los estudios urbanos y territoriales

Pi Puig, Ana Pilar (IdIHCS(UNLP/CONICET)-FaHCE) - pilarpipuig@gmail.com

Reflexiones sobre el espacio en dos barrios pobres de la periferia platense

Introducción

El objetivo de la ponencia es presentar los aportes teóricos relativos a la cuestión espacial que permitieron la interpretación del trabajo de campo y algunas reflexiones preliminares en torno al mismo realizado en los barrios El Mercadito y La Unión en el marco de mi investigación doctoral en curso. Dicha investigación se propone aprehender las representaciones y las prácticas en torno al ambiente y la basura por parte de la población de los barrios mencionados, que vive mayormente en condiciones de pobreza. Se trata de dos barrios contiguos desde el punto de vista del trazado urbano, localizados en la periferia de la ciudad de La Plata y en los que se implementó un Plan Federal de Viviendas en dos etapas, con el propósito de relocalizar a los hogares en viviendas de material que contaran con servicios.

Si bien en un principio no se habían planteado entre las preguntas de investigación aquellas directamente relacionadas a las cuestiones espaciales, fueron surgiendo durante el trabajo de campo (observación y entrevistas) ejes importantes vinculados a los usos y sentidos en torno al espacio así como a las fronteras -sociales y simbólicas- y las relaciones que configuran la vida en los barrios.

En este trabajo se reflexiona específicamente sobre el complejo fenómeno de la segregación urbana, trazando algunos lineamientos que revelan la forma en que la segregación espacial va acompañada de procesos culturales que acentúan y profundizan la posición de desventaja de un determinado sector social.

Para ello, se delinearán algunos aportes y categorías que iluminaron la reflexión sobre el campo, a la vez que se presentarán las características principales de los barrios y su ubicación en el contexto urbano más amplio del municipio de La Plata. Asimismo se ofrecerán algunas líneas de interpretación sobre prácticas y representaciones de los habitantes de los barrios en torno al espacio así como de las tramas relacionales entre los sujetos.

Cabe aclarar que los trabajos de Segura (2006, 2009, 2011, 2012, 2014a, 2014b) cobran especial interés en el marco de las reflexiones expresadas en este escrito en torno a la segregación urbana y las prácticas y representaciones espaciales en los barrios La Unión y El Mercadito. El autor aborda dichos aspectos en Altos de San Lorenzo, un barrio periférico de La Plata ubicado al sur, justo en el extremo opuesto a los barrios periféricos en cuestión, ubicados al norte. Se asume que la periferia presenta características socioeconómicas similares y de allí que los trabajos del mencionado autor sean referencia y se establezca un diálogo constante con ellos.

Consideraciones generales para pensar dos barrios periféricos de La Plata: aportes y categorías

En primer lugar, cabe señalar la heterogeneidad de conceptos que se han utilizado para abordar el tema del espacio urbano – orden, conflicto, segregación, etc. - y, en ese sentido, se recuperarán aquellos relevantes en función de las particularidades que asumen las ciudades en América Latina y del objeto de estudio, centralmente el de segregación espacial.

Nutrido es el campo de estudios sobre segregación espacial y su relación con la estructura social en las ciudades de América Latina, entendiendo a ambas dimensiones de manera integrada: el espacio es resultado de ciertas relaciones sociales y, a la vez, es necesario mirar al espacio para entender las relaciones sociales urbanas (Duhau y Giglia, 2008).

Si bien la segregación urbana es un fenómeno constitutivo del proceso de formación de las ciudades latinoamericanas, Saraví (2007) afirma que “ha adquirido recientemente nuevos atributos” (2007: 43) y atendiendo a la complejización del fenómeno resulta útil tener en cuenta tres dimensiones: proximidad/distancia entre grupos sociales, homogeneidad de los distintos espacios residenciales de una ciudad, y grado de concentración de un grupo en un determinado territorio (Carman, Vieira y Segura, 2013).

En este marco, se rescata primero la idea de división social del espacio residencial que normalmente se manifiesta en forma de vecindarios, barrios, conjuntos habitacionales, localidades o suburbios que integran una aglomeración (Duhau, 2013). En el caso de las ciudades latinoamericanas varios trabajos coinciden en señalar que, como reflejo de la preeminencia que cobra la condición socio-económica para posicionar a los sujetos en la

estructura social, la división social del espacio residencial refleja y expresa dicha dimensión, es decir, prima la segregación según estratos socioeconómicos (Duhau, 2013; Segura, 2012, 2014; Saraví, 2008)¹. Es decir, aún cuando el concepto de segregación residencial no agota por sí mismo el análisis de la dinámica espacial², en las ciudades de América Latina la dimensión espacial de la pobreza se manifiesta como acumulación de desventajas materiales en un territorio: la distribución, dispersión, puede variar, ciertamente, pero existe siempre alguna porción del suelo urbano que puede recortarse e identificarse como vulnerable, marginal, excluida. El nivel de segregación urbana depende, a pequeña escala, del grado de heterogeneidad social de barrios y localidades intraurbanos y, a gran escala, de la mayor o menor concentración de barrios y localidades con perfiles sociales semejantes a nivel de distritos o municipalidades (Duhau, 2013). En el caso de La Plata se considera útil observar a la división social del espacio residencial dentro del municipio como herramienta interpretativa y explicativa de algunos fenómenos.

Ahora bien, ¿de qué manera el orden socio-espacial “se convierte en un poderoso factor de segregación de las diferencias y de las desigualdades”(Duhau y Giglia, 2008)? El significado y los efectos de la división social del espacio residencial varían en función de la escala así como del hecho que la misma esté asociada (o no) a condiciones de relegación y exclusión experimentadas por los habitantes por el hecho de habitar en determinados lugares (Duhau, 2013).

Por un lado, entonces, es necesario abordar el acceso y uso desiguales del espacio urbano atendiendo a los factores objetivos – materiales y estructurales-. Por otro, los procesos de diferenciación, desigualdad y/o exclusión social, que articulan y se condensan en la segregación urbana son procesos relacionales entre “nosotros” y “otros”. Por lo tanto es necesario el estudio de la sociabilidad urbana y la dimensión simbólica de la segregación, ya que iluminan la forma en la que diferentes sujetos, distribuidos y posicionados diferencialmente en el espacio social y en el espacio urbano procesan, producen y reproducen su lugar y condición en dichos espacios (Saraví, 2008).

¹ Sin embargo, hay que tener en cuenta que la segregación es un proceso social en el que se intersectan distintas dimensiones de la vida social” (Segura, 2012: 108) y si bien la clase prima, también la raza, la etnia y la nacionalidad entran en juego.

² No todos los límites sociales se expresan espacialmente y la distribución de individuos y grupos en el espacio no siempre es un buen indicador de la distancia social (Carman, Vieira y Segura, 2013). En definitiva, en el análisis de la segregación espacial se conjugan de manera compleja límites sociales y simbólicos (Lamont y Molnar, 2002).

La pregunta que atraviesa todo el trabajo es aquella por la relación entre el acceso desigual al espacio urbano y el espacio urbano como dimensión en juego en la reproducción de la desigualdad (Segura, 2014a), atendiendo tanto a las dimensiones objetivas como subjetivas. Esta división entre dimensiones objetiva y subjetiva es analítica y se consideran de igual importancia en la pregunta por la reproducción de las desigualdades.

A continuación, entonces, se avanzará sobre el acceso desigual al espacio urbano – dimensión objetiva-. Se presentarán la historia y las características principales de los barrios seleccionados para comprender la persistencia de las condiciones de segregación espacial y desigualdad social. En segundo lugar, se indagará acerca de la sociabilidad y las representaciones en torno a la segregación –dimensión subjetiva-.

Características principales de los barrios La Unión y El Mercadito

Puede afirmarse con Segura (2011; 2012) que actualmente el municipio de La Plata presenta un patrón de segregación espacial clásico del tipo centro–periferia. Esta última zona presenta, en general, peores condiciones socio-económicas y una menor infraestructura urbana y de servicios que el casco urbano (excepto los sectores concentrados a lo largo del eje La Plata-Buenos Aires, cuyas condiciones son similares al centro). Los barrios La Unión y El Mercadito se ubican en la zona norte de la periferia.

El Registro Público Provincial de Villas y Asentamientos Precarios (RPPVAP)³ clasifica a La Unión y El Mercadito como asentamientos precarios, es decir, “barrios informales (en términos dominiales) con trazados urbanos que tienden a ser regulares y planificados, y que generalmente (aunque no de modo excluyente) cumplen algunas de las siguientes características: son decididos y organizados colectivamente, los ocupantes buscan legitimarse como propietarios, las viviendas tienen algún grado de firmeza y su ubicación puede encontrarse en tierras degradadas.” (art. 27, Ley 14.449). Asimismo, el registro señala que La Unión está compuesto por 131 viviendas y El Mercadito por 150 viviendas. Del mapa georeferenciado y elaborado con base en a datos del censo 2010 en el marco del RPPVAP⁴ se desprende, en relación al porcentaje de hogares con conexión insuficiente a servicios básicos, que La Unión se

³ Creado en el marco de la Ley 14449 y elaborado durante los años 2014 y 2015.

⁴ <http://190.188.234.6/mapa/#>

ubica en la franja 30-50% de los hogares, mientras que El Mercadito se ubica en valores mayores, en la franja 80-100%. En relación al porcentaje de NBI por hogares, La Unión se ubica en la franja 30-70% de los hogares y El Mercadito en la del 70-100%. En ambos barrios la mayor parte de la población viven en condiciones de pobreza estructural y por ingresos (Eguía et al., 2005; Eguía y Ortale, 2007) y el trabajo informal con la basura – tanto la actividad de recolección de residuos con el carro como la compra-venta de materiales reciclables - forma parte de las estrategias de reproducción familiar de varios hogares (Eguía et al., 2005; Aimetta, 2006, Aimetta y Santa María, 2006; Eguía y Ortale, 2007; Rausky, 2010; Pi Puig, 2015).

Estos barrios son un ejemplo de lo que Carman, Vieira y Segura (2013) denominan “segregación agravada”⁵, combinando un tipo de “segregación acallada” desde el punto de vista de su origen, y una “segregación por default” desde el punto de vista del desarrollo de su historia. Esto es, los primeros pobladores de ambos barrios se asentaron sobre terrenos fiscales hacia la década de 1970. Las tierras eran bañados alejados y “vacíos”, desprovistas de cualquier servicio. Con el tiempo fueron sumándose viviendas (ranchos, chozas) y no fue hasta 2007 con la primera entrega de viviendas del Plan Federal de Viviendas impulsado por el Ministerio de Infraestructura que el paisaje del barrio comenzó a cambiar: se asfaltaron las calles, llegaron los servicios de agua corriente y electricidad, aunque el gas natural –prometido y con todas las instalaciones realizadas- nunca llegó. El servicio de recolección de residuos comenzó a funcionar con más regularidad y recorriendo la totalidad de los manzanas (antes lo hacía solo algunas veces por semana y recorriendo unas cuadras). Varias viviendas de la segunda tanda quedaron inconclusas y fueron ocupadas antes de ser entregadas, por lo que cada familia se encargó de terminarlas. Actualmente, ningún hogar de los dos barrios paga por los servicios de agua y electricidad, pero sí deben aprovisionarse de gas de garrafa. Algunos de los vecinos más antiguos que se instalaron “en el frente”, cerca de la curva de 520 iniciaron durante la década de 1990 el trámite para obtener la propiedad del terreno y la vivienda, proceso que no dio ningún resultado.

Como señala un informe sobre segregación residencial en Argentina, “ante la ausencia de reflexión acerca de la planificación y el uso del suelo en estas políticas de vivienda, cabe preguntarse “cuál es su impacto en la segregación residencial” (PNUD, 2009: 35), en la medida en que habitualmente se limitan a la construcción de viviendas en la

⁵ Los autores proponen una clasificación de la segregación en cuatro tipos: acallada, por default, positiva y agravada.

periferia metropolitana, donde hay suelo disponible y barato, carente de infraestructura, lejos de los servicios y que insumen a sus pobladores gran cantidad de tiempo, de dinero y de energía en los desplazamientos” (Segura, 2014a: 22).

Sin minimizar lo que significa acceder a una vivienda, no podemos perder de vista el rol de estas políticas estatales paliativas en la profundización de las dinámicas de segregación y fragmentación del espacio urbano que, como muestran las evidencias reseñadas en este artículo, a mediano plazo podrían tener un rol clave en la reproducción de la desigualdad urbana (Segura, 2014a). Es decir, esta acumulación de experiencias de abandono sobre los barrios y sus habitantes refuerzan su confinamiento socio-espacial dificultando las posibilidades de integración.

La pregunta por las posibilidades de integración en contextos de segregación residencial

En relación a la pregunta por la integración y partiendo del supuesto de que “la distancia física puede ser muy corta, aunque la distancia social sea enorme” (Duhau y Giglia, 2008: 37), interesa recuperar los aportes de Bottero (2007), Lamont y Molnar (2002) y Duhau y Giglia, 2004, 2008). Desde un enfoque de interacción, Bottero (2007) propone utilizar la asociación diferencial para abordar las distancias dentro de un espacio social. La autora plantea la asociación diferencial a través del principio de homofilia, el cual establece que existe más probabilidad de acercarse a gente similar a uno mismo, construyéndose así una red de relaciones, que van desde las más duraderas hasta las menos intensas. Esto no crea sin embargo, grupos totalmente homogéneos, pues el principio de similitud está condicionado tanto por la perspectiva de la oferta, que hace énfasis en el contexto social, como por la perspectiva de la demanda, que pone el foco en las preferencias de la persona. Sin embargo, la autora pareciera reconocer que el factor contextual tiene mayor peso relativo. Desde el punto de vista espacial, la interacción entre diferentes grupos se ve afectada por la proximidad en el espacio: los grupos que están geográficamente más concentrados, tienden a generar lazos más estrechos pues la proximidad facilita las oportunidades de contacto social a la vez que hay menos oportunidad de interactuar con otros por fuera del grupo. Desde el punto de vista de las preferencias de la gente, estas están rutinariamente codificadas, pero además también varía la habilidad de los grupos para elegir el lugar en que viven y con quien se asocian, ejerciendo algunos (los más poderosos) mayor control. Por lo tanto, la

asociación en base a preferencias parte de una desigual distribución de oportunidades de asociación en el espacio –disponibilidad de contactos-, resultando en un ordenamiento que tiende a reforzar la situación de desigualdad.

Lo que atraviesa esa asociación diferencial es la existencia de fronteras sociales y simbólicas (Lamont y Molnar, 2002) que entran en juego en las preferencias de la elección. Las fronteras sociales son las formas objetivadas de diferencias sociales manifestadas en el desigual acceso y distribución de recursos (materiales y no materiales) y oportunidades sociales. En cambio, las fronteras simbólicas son las distinciones conceptuales hechas por los actores sociales para categorizar objetos, personas, prácticas, e incluso tiempo y espacio. Son herramientas con las cuales individuos y grupos disputan y llegan a acordar definiciones sobre la realidad. Las fronteras simbólicas, justamente, separan a la gente en grupos y generan sentimientos de similitud y pertenencia. Son un medio esencial a través del cual la gente adquiere status y monopoliza recursos. Si bien las fronteras simbólicas sirven normalmente para reforzar, mantener, normalizar o racionalizar fronteras sociales, también son empleados para disputar y redefinir el significado de fronteras sociales.

Otra perspectiva interesante para pensar las interacciones es la que presentan Duhau y Giglia (2008), quienes abordan la relación entre el orden socio-espacial de la ciudad y la diversidad de la experiencia asociada a dicho orden. Lo que cuestionan los autores es el ideal de interculturalidad que la ciudad habilitaría mediante el encuentro en el espacio público. Ampliando más allá de las expresiones culturales, se sostiene que si bien en el entorno urbano conviven una multiplicidad de representaciones y prácticas diferentes, cabría preguntarse en qué medida se mezclan o se mantienen independientes (Duhau y Giglia, 2008). Una clave de respuesta la ofrecen los mismos autores al plantear los diferentes conflictos en el espacio urbano (Duhau y Giglia, 2004). A los fines de este trabajo interesa rescatar el caso del “espacio disputado”. El mismo se refiere a aquellas zonas planificadas bajo el canon moderno como centros plurifuncionales y en donde los conflictos se dan por la multiplicidad de usos que se superponen - incluso más allá y a pesar del modelo pensado- y se gestionan mayormente mediante la vía jurídico-legal. Es decir, se trata de un choque de prácticas que distintos actores hacen de un mismo espacio y por tanto esto también habla de las diferentes representaciones asociadas al mismo. En el caso de La Plata, los conflictos se dan al interior del casco urbano – justamente el área de la ciudad diseñada en su fundación bajo el modernismo (Segura, 2009) - por el uso que varios grupos sociales desfavorecidos hacen del espacio público,

veredas y calles. La circulación de los carreros⁶ en las calles es un ejemplo de ello. Residentes en la periferia, los carreros transitan hacia y en el centro en busca de material reciclable para vender, dada la concentración de actividades administrativa y comercial que allí se da. Un aspecto a destacar, sin embargo, es que si bien los litigios por esta práctica tuvieron durante varios años el uso de la tracción a sangre (prohibida por ordenanza municipal) como argumento central, en los últimos años, a través de movimientos sociales, los carreros se han organizado para irrumpir en el escenario público mediante la protesta directa y el reclamo de legitimidad de su trabajo.⁷

La importancia de atender la dimensión subjetiva

Los estudios sobre segregación urbana se han concentrado mayormente en los factores estructurales y por ello han utilizado en general abordajes cuantitativos (Segura, 2014a; Stcheingart, 2001; Duhau y Giglia, 2008). Existen, sin embargo, cada vez más investigaciones dedicadas a indagar en las subjetividades de aquellos grupos relegados, pues más allá de la comprobación de la existencia de segregación dentro de una ciudad, lo que interesa son las implicancias de esa segregación para los sujetos (Saraví, 2008). Ahora bien, la manera en la que los sujetos viven e interpretan la segregación, solo puede ser recuperada a través del trabajo de campo (Carman, Vieira y Segura, 2013). La búsqueda por aprehender las prácticas y representaciones de las personas que viven en los barrios pobres de la periferia platense va en esta dirección.

En el marco del estudio de las subjetividades, cabe recuperar dos aspectos: la sociabilidad urbana y la dimensión simbólica de la segregación (Saraví, 2008). La primera refiere a “la problematización de la relación e interacción con los ‘otros’” (Saraví, 2008: 96). La dimensión simbólica de la segregación urbana es el proceso de construcción social mediante el cual se producen, atribuyen y aceptan ciertos sentidos en torno al espacio (Saraví, 2008).

Para el estudio de la sociabilidad urbana y la dimensión simbólica de la segregación se recuperan los aportes conceptuales de la geografía de la vida cotidiana definida por (Lindón, 2006) como aquella que estudia la experiencia espacial, es decir, la relación espacio-sociedad de las situaciones de interacción. La geografía de la vida cotidiana

⁶ Se llama carreros a aquellas personas que llevan adelante la actividad de recolección de materiales reciclables con un carro tirado a caballo o manualmente.

⁷ Concretamente, nos referimos a la articulación de la FACyR con la CTEP- MTE que ha venido teniendo creciente visibilización por las luchas llevadas adelante en La Plata.

mira al espacio desde el sujeto habitante e integra el estudio de las prácticas, de los sentidos y significados ligados a dichas prácticas, de la información espacial y, como síntesis de los tres campos, de la experiencia espacial (Lindón, 2006).

Las prácticas son entendidas como el ámbito del hacer cotidiano del ser humano e incluyen los desplazamientos, es decir, la movilidad espacial; las prácticas que permanecen en un lugar –siempre relativas a la persona y la actividad-; los escenarios de comportamiento –las interacciones con otros-; y los patrones o rutinas espaciales (Lindón, 2006). Esta definición es inclusiva de toda práctica humana ya que contempla la espacialidad y las temporalidades.

En el marco del estudio de las prácticas destaca, en primer lugar, la movilidad, entendiéndola como “una práctica urbana clave para leer la desigualdad social y urbana” (Segura, 2012: 109). Para Segura (2012), complementariamente al análisis de segregación residencial deben atenderse los desplazamientos y las interacciones de quienes habitan la periferia, deben reconstruirse sus lógicas de circulación por la ciudad (Kessler, 2004 en Segura, 2012). En segundo lugar, resulta útil el análisis de la territorialidad de las prácticas asociadas a los cinco dominios urbanos -doméstico, aprovisionamiento, recreación, vecindad y tránsito- (Hannerz, 1986 en Segura, 2012).

En relación a la dimensión de los sentidos y significados, se considera que la misma queda mejor definida bajo el concepto de representaciones sociales. Las representaciones sociales forman parte de un tipo de conocimiento, el conocimiento ordinario, “socialmente construido y compartido en el seno de diferentes grupos. Esta forma de conocimiento tiene una raíz y un objetivo práctico: apoyándose en la experiencia de las personas, sirve de grilla de lectura de la realidad y de guía de acción en la vida práctica y cotidiana” (Jodelet, 2011: 134). Se trata de sistemas cognitivos compuestos por estereotipos, opiniones, creencias, valores y normas, y que conllevan una orientación actitudinal positiva o negativa (Araya Umaña, 2002). A su vez funcionan como sistemas de códigos, valores, lógicas clasificatorias, principios interpretativos y orientadores de las prácticas, y que rige con fuerza normativa en tanto contribuye a producir y mantener una visión común a un grupo social y moldea la forma en que las personas actúan en el mundo, decodifican a las personas de entorno social, y clasificarlas e interpretan sus conductas (Araya Umaña, 2002; Jodelet, 2011). En el marco de la investigación, cabe tener presente que “la conflictividad social puede afectar el estado de las representaciones y dar lugar a interpretaciones evolutivas, incluso divergentes, en el seno de un mismo grupo social” (Jodelet, 2011: 135). Dentro

del campo de las representaciones interesa rescatar las categorías de sentido de lugar, arraigo y espacio doméstico, entre otras que plantea Lindón (2006).

En relación a la información puede afirmarse que el acervo de información espacial con que cuentan las personas siempre varía y es transitorio (Lindón, 2006). Todas las personas toman las decisiones relativas a sus prácticas en función de la información que poseen y en la investigación marco de este trabajo esta dimensión es fundamental, pues la posesión o no de información en relación a prácticas más o menos riesgosas en términos sanitario-ambientales, por ejemplo, tiene distintas implicancias.

Por último, Lindón (2006) plantea que el concepto de experiencia espacial engloba e integra las dimensiones anteriores de prácticas, representaciones e información; categoría que coincide con la definición de Duhau y Giglia (2008), para quienes la experiencia es entendida como la vinculación entre las visiones del mundo y la dimensión de las prácticas sociales, ancladas en contextos situacionales. En definitiva, la experiencia de la ciudad es “el resultado de nuestra relación con el espacio vivido” (Duhau y Giglia, 2008: 22).

Implicancias de la segregación en los barrios: recuperando las experiencias de sus habitantes

Como ya se indicó en la introducción, el objetivo de la investigación doctoral es la identificación de prácticas y representaciones en torno al ambiente y la basura por parte de las personas que viven en los barrios periféricos, y el espacio fue una dimensión emergente que cobró relevancia a la luz del trabajo de campo. A partir del material de campo que incluye las notas observacionales y los registros de las entrevistas – tanto aquellas informales como las desgrabaciones –, se brindarán algunas reflexiones preliminares en diálogo con las perspectivas y categorías presentadas más arriba, así como con las reflexiones elaboradas por Segura (2006, 2009, 2012, 2014b) para el barrio Altos de San Lorenzo.

“En el análisis de la experiencia urbana distinguimos entre un *espacio local* o de *proximidad* (de dimensiones y formas variables) y un espacio metropolitano más amplio (de dimensiones y formas igualmente variables)” (Duhau y Giglia, 2008: 22). Para el caso del municipio de La Plata, podría decirse que tantos los habitantes de Altos de San Lorenzo, como los de La Unión y El Mercadito reconocen sus barrios como el espacio

local y al casco urbano como el espacio más amplio que incluye el “centro de la ciudad”.

En este marco, Segura (2011) encuentra en los relatos de los habitantes de Altos de San Lorenzo el habitar la periferia como *una experiencia común*: “La sensación compartida por la totalidad de los habitantes de Altos de San Lorenzo, independientemente del sector donde residan, es que *viven afuera de la ciudad*” (Segura, 2012: 112). Se identifican un conjunto de expectativas, problemas y prácticas comunes, aunque las mismas no se traducen necesariamente en una experiencia compartida que permita la articulación colectiva.

En el caso de los barrios La Unión y El Mercadito, la ecuación se plantea, al menos en principio, distinta. Los barrios están localizados al lado de la autopista La Plata-Buenos Aires y cerca de la estación de tren de Tolosa (alrededor de 15 cuadras) así como con acceso a dos líneas de colectivo que llegan al centro de la ciudad. Sin embargo, las vías de entrada y salida a los barrios son limitadas (calle 119 para El Mercadito y calle 520 o 521 para La Unión) y los mismos están encajonados entre la autopista, el Mercado Regional, dos avenidas (122 y 520) y el arroyo El Gato, por lo que de alguna manera se encuentran aislados del resto del tejido urbano.

En los relatos de los habitantes se recoge esta experiencia común más no compartida, pero esa experiencia común no pareciera fundarse por oposición al centro, es decir, el clivaje no pareciera ser centro-periferia, o al menos las menciones al centro - el casco urbano fundacional – demuestran indiferencia (“no, al centro ni voy”) o funcionalidad (“a veces, si tengo que comprar una ropita o algo voy al centro”).

Otro aspecto que encuentra el autor (Segura, 2012) en Altos de San Lorenzo es la fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida, lo cual en los barrios aplica de manera matizada, pues, por ejemplo, muchos de los antiguos habitantes permanecieron en sus viviendas originales y vendieron las viviendas entregadas por el plan que estaban en mejores condiciones materiales. Lo común de la experiencia en Altos de San Lorenzo es la manifestación de “la distancia que para los actores sociales existe entre lo histórica y socialmente establecido y esperado sobre la vida urbana y lo que han tenido (y tienen) que enfrentar cotidianamente viviendo en la periferia” (Segura, 2012: 114). A modo de hipótesis podría decirse que la historia y la ubicación de El Mercadito y La Unión, distintas a los orígenes y localización de aquel barrio, pueden ser factores que expliquen la diferente relación con el centro urbano de la ciudad. En sus orígenes El Mercadito y La Unión fueron asentamientos sobre tierras

fiscales, con casillas o casas precarias que no contaban con servicios. Según lo recogido en los relatos, las expectativas estuvieron depositadas en mejorar la calidad de vida mediante la obtención de servicios básicos y el progreso de los hogares mediante el trabajo. No emerge de manera clara, sin embargo, una contraposición con el estilo de vida en el centro o un anhelo por llegar a ello.

En relación a las prácticas, lo primero que identifica Segura (2019, 2012) es la centralidad que tiene el salir, es decir, el desplazamiento hacia fuera del barrio, en las estrategias de aprovisionamiento. La fórmula esquemática que plantea es: “recursos hacia fuera, vínculos hacia adentro” (Segura, 2009, 2012), si bien reconoce que es parcial pues no todos los recursos para vivir se obtienen fuera del barrio. De hecho, En el caso de La Unión y El Mercadito, muchas de las compras se resuelven en los pequeños comercios del barrio – en general, almacenes o kioskos que las familias abren en sus propias casas - y en el Mercado Regional. En donde sí aplica cabalmente la fórmula “recursos hacia afuera” es en el caso de los hogares que incluyen entre sus estrategias de aprovisionamiento el carro. Los carreros salen del barrio en busca de materiales reciclables para vender y/o de cualquier otro recurso que puede ser útil. En sus recorridos por las calles encuentran desde zapatillas hasta muebles, o comida.

Adicionalmente, teniendo en cuenta que se trata de barrios en los que la población es mayormente pobre, puede decirse que la estrategias de aprovisionamiento para la reproducción de la vida son las que más peso tienen entre los hogares. El tiempo destinado a actividades recreativas y/o de esparcimiento es menor y las prácticas vinculadas a ellas no tienen tanta gravitación en la vida cotidiana de los habitantes. La excepción es, quizá, la práctica de fútbol realizada por varones y mujeres de diversas edades en el club situado a la entrada del barrio El Mercadito, “Los Tolosanos”.

En relación a los vínculos, la fórmula “vínculos hacia adentro” (Segura, 2009), aplica para las relaciones en el barrio, en donde se comprueba el criterio de homofilia planteado por Bottero (2007). No solo hay muchas familias ampliadas – primos, tíos, hermanos –viviendo en los barrios sino que los lazos de amistad son densos al interior de los mismos. Incluso en superposición con la demarcación que los habitantes hacen de su propio barrio respecto del otro (“esto es no es como allá”, “esto acá es El Mercadito”), emergen vínculos con personas que viven en ese otro barrio (“nosotros tenemos amigos, todo, allá”). De alguna manera se intenta discutir o poner en tensión aquella fórmula –simplificada y parcial, tal como el mismo autor advierte- de “recursos hacia fuera, vínculos hacia adentro” que Segura (2006) propone para la experiencia

espacial en el barrio Altos de San Lorenzo. Por un lado, podría decirse que el segundo término de la afirmación -vínculos hacia adentro - también aplica a las personas que viven en los barrios La Unión y El Mercadito, pues muchos de los entrevistados son antiguos residentes, sus familias (padres, hermanos, hijos, primos) viven en alguno de los dos barrios y sus relaciones de amistad y/o pareja se desarrollan también entre los límites de los barrios. En los casos en los que tienen familiares o amigos fuera del barrio, los relatos dan cuenta de la residencia de estas personas en barrios o zonas próximas a El Mercadito y La Unión (barrio del arroyo El Gato, barrio de 19 y 520, etc). Es decir, no pareciera haber una experiencia del salir que represente una gran distancia.

Adicionalmente, en relación a la movilidad, se sostiene que para comprender los desplazamientos por la ciudad se debe mirar la cambiante articulación entre varios factores: género, edad, trabajo, relaciones de parentesco. Cabría agregar que lo mismo cabe para los desplazamiento dentro del barrio.

Vinculado a las representaciones, puede decirse que, si bien desde el punto de vista de la ocupación informal de las tierras se trata de un asentamiento informal, los habitantes se refieren al lugar donde viven como “el barrio”. Como señala Segura (2014b), las categorías socio-espaciales remiten a distinciones, a relaciones entre actores que modelan, disputan y legitiman espacios físicos y sociales. Y en este sentido, cabe agregar que si bien El Mercadito y La Unión se continúan desde el punto de vista del trazado urbano, sus habitantes establecen límites y distinciones entre ambos barrios. La referente del barrio El Mercadito cuenta, por ejemplo, la historia del nombre de su barrio: “Si nosotros le pusimos el nombre El Mercadito, porque es obvio, estamos acá al lado del Mercado.” Pero con relación al origen de La Unión señala: “Ah eso ni idea, de allá no tengo ni idea, no sé, porque eso es allá”. Adicionalmente, a pesar de que La Unión tiene una superficie de 4.09 has y El Mercadito de 5.26 has (es decir, aproximadamente unas 4 y 5 cuadras de profundidad, respectivamente), “los fondos” emergen como un punto lejano y, en general, indeseable, en las entrevistas. Estos son ejemplos de la construcción de fronteras simbólicas al interior de los barrios.

En relación a la información espacial, puede afirmarse que por tratarse de población pobre, la posibilidad de realizar muchas prácticas se ve limitada lo cual reduce a su vez el campo de información de las personas (Lindón, 2006). Dado que las actividades principales componen las estrategias de reproducción del hogar, no hay tiempo ni

recursos disponibles para el ocio o las actividades recreativas, o al menos, no fuera del barrio.

Por otra parte, podría pensarse que *las fronteras simbólicas* generadas entre ambos barrios –La Unión y El Mercadito - hayan influido en la movilidad de las personas en el espacio. Si bien no hay una limitación determinante sobre los desplazamientos de un barrio a otro, existe cierta barrera que limita las interacciones entre los habitantes de los dos barrios.

En relación al tema general de la investigación doctoral interesa reflexionar sobre la información relativa al ambiente en el barrio. Partiendo de ubicar a los barrios en el contexto urbano más amplio en función de las instalaciones más relevantes potencialmente perjudiciales distribuidas en el espacio próximo de los barrios - la planta depuradora de ABSA detrás del Mercado Regional, el CEAMSE, la autopista La Plata-Buenos Aires, la Refinería YPF, los galpones de colectivos de larga distancia, la pastera sobre el arroyo El Gato, los galpones de compra y venta de materiales reciclables⁸ -, puede decirse que muchos de estos factores de riesgo no están presentes en las vidas de las personas (en su discurso o en sus prácticas materiales cotidianas).

El estigma

Por último, cabe reflexionar sobre un tema ampliamente trabajado en ciencias sociales: el del estigma social. Partiendo de la persistente dicotomía centro-periferia en las ciudades, ha quedado claro que “la dimensión socio-territorial es clave en los procesos de exclusión social. La segregación espacial no solo afecta el cómo se vive la ciudad, sino el sistema de relaciones sociales que se entretienen por y sobre el espacio urbano, es decir, ella implica la fragmentación socioespacial de la interacción social, y la conformación de espacios diferenciados de sociabilidad” (Saraví, 2007: 44). Dado que la dimensión espacial de la pobreza se manifiesta en la concentración geográfica de desventajas, el lugar de residencia juega un rol en la identificación de los sujetos como portadores de ciertas características. Es decir, opera un deslizamiento del estigma espacial al estigma social en el cual los barrios periféricos son asociados al peligro, la ilegalidad de la tenencia de la tierra, las deficiencias en infraestructura.

⁸ Se trata de un eslabón dentro de la economía informal de la basura. Son galpones no habilitados que desarrollan la actividad de compra y reventa de materiales reciclables. La compra es mayormente a carreros y la venta se arregla con empresas de la economía formal o informal.

Como producto del etiquetamiento, se construyen imágenes simplificadas y estereotipadas que asocian un lugar con una gente, sobre los cuales recae un estigma (Saraví, 2008; Kessler, 2012). Este discurso dominante que asocia privación material con carencia moral, produce representaciones sociales sobre los más desfavorecidos y sus lugares de residencia, que ocultan las causas estructurales de sus desventajas. “Los estigmas territoriales asociados con la inseguridad, la delincuencia, y la violencia contribuyen a la construcción de clases peligrosas” (Saraví, 2008: 105) y a su vez la territorialización es un factor central para la retroalimentación y profundización del estigma convirtiendo a ese otro amenazante, el barrio, en una frontera de separación legítima (Kessler, 2012). Esta marca territorial es constitutiva de la experiencia subjetiva de las personas, ya que a las evidentes desventajas materiales se agrega la descalificación social: “estos lugares y sus residentes suelen ser criminalizados y demonizados como la encarnación de todos los males y peligros sociales” (Bayón, 2015: 142).

En este marco, cabe destacar la propuesta de Bayón (2015) por acercarse a la manera en que la población pobre interpreta y responde a sus circunstancias, buscando adentrarse en los marcos de sentido propios de la gente que vive en situación de privación material, sin estigmatizar dicha condición desde afuera.

El análisis de las dimensiones culturales, entendidas como los significados construidos que les permiten a las personas interpretar sus experiencias, es fundamental para deconstruir el discurso dominante sobre la pobreza que se sustenta en la culpabilización y estigmatización de los sujetos pobres.

El punto interesante surge cuando “los vecinos de barrios de relegación reproducen buena parte de los estigmas que pesan sobre ellos al interior del propio barrio, lo cual colabora en la vivencia del mismo como una zona de relegación” (Carman, Vieira y Segura, 2013: 25). Algo que Bayón (2015) también encuentra en su trabajo realizado en la ciudad de México: el estigma moralizador que las clases medias y altas construyen sobre los pobres, es internalizado por estos y replicado al interior del grupo desaventajado. De esta forma, se crean categorías de pobres en donde un grupo aplica una condena moral sobre otro. Esta figuración establecidos-outsiders (Segura, 2011) se monta en El Mercadito sobre el clivaje del trabajo/progreso para demarcar el grupo de la gente de “buen vivir” y la gente de “mal vivir”. En el establecimiento de esa frontera entre los de “buen vivir” y “mal vivir”, delimitada por los primeros, un intento de desmarcación respecto del estigma que recae sobre el barrio a partir de las noticias en

los medios: un barrio en donde se concentran los delincuentes que provocan la mayoría de los ilícitos en el casco urbano.

Al indagar por el barrio entre sus habitantes, se recogen testimonios diversos. Están quienes afirman que “no se puede vivir”; quienes lo reconocen como un lugar peligroso o al menos que puede implicar cierto riesgo, motivo por el cual el cuidado de los hijos, por ejemplo, se traduce en no dejarlos andar solos en la calle; y quienes dicen que el barrio es tranquilo para quienes viven allí, pero reconocen que los visitantes no cuentan con la misma seguridad.

Reflexiones finales

Como se indicó en la introducción, el interrogante que atraviesa todo el trabajo es aquel sobre la relación entre el acceso desigual al espacio urbano y el espacio urbano como dimensión en juego en la reproducción de la desigualdad, atendiendo tanto a las dimensiones objetivas como subjetivas.

Para Lindón (2006) el estudio de la espacio-temporalidad de las prácticas cotidianas confluye con la pregunta sociológica de la producción/reproducción de las sociedades, agregando el rol del espacio en esos procesos. Es decir, una de las claves interpretativas en la pregunta por la reproducción social es la espacio-temporalidad de las prácticas (Lindón, 2006). Saraví (2008) y Segura (2014b) agregan a esto, además, el papel que juega la dimensión simbólica, esto es, las representaciones y los sentidos en torno a dichas prácticas, en la reproducción social.

Las investigaciones sobre sectores populares urbanos en la Argentina en las últimas décadas coinciden “en señalar que la conjunción entre la limitación de la mayor parte de las prácticas cotidianas al espacio barrial y los procesos de inscripción territorial han reforzado la segregación socio-espacial de los sectores populares” (Segura, 2012: 115).

Ahora bien, la organización del espacio urbano y la distribución en él de sujetos socialmente posicionados, condiciona la sociabilidad urbana, la construcción e interacción, el encuentro y la evitación con el otro.

Desde el punto de vista estructural, las condiciones originales de los barrios emplazados sobre terrenos bañados desprovistos de servicios solo se revirtieron parcialmente mediante la construcción del PFV y el mejoramiento relativo de la infraestructura urbana. Existe un conjunto de instituciones –escuela, salita, Mercado- concentradas en

un radio cercano a los barrios que los habitantes recorren en general a pie y el centro de la ciudad ocupa un rol secundario siendo su lugar funcional.

En relación a la sociabilidad urbana, puede decirse que la fórmula propuesta por Segura (2006) sobre “vínculos hacia adentro”, aplica para las relaciones en el barrio, en donde se comprueba el criterio de homofilia planteado por Bottero (2007). No solo hay muchas familias ampliadas – primos, tíos, hermanos –viviendo en los barrios sino que los lazos de amistad son densos al interior de los mismos. Incluso en superposición con la demarcación que los habitantes hacen de su propio barrio respecto del otro (“esto es no es como allá”, “esto acá es El Mercadito”), emergen vínculos con personas que viven en ese otro barrio (“nosotros tenemos amigos, todo, allá”).

En definitiva, en los casos de La Unión y El Mercadito pareciera que el proceso de segregación urbana reproduce y profundiza la desigualdad social “al incrementar el aislamiento y restringir las redes de los pobres urbanos y reducir la geografía de oportunidades de los espacios residenciales de bajos recursos” (Segura, 2014a: 17).

Bibliografía

Aimetta, C. (2006). «Precariedad laboral y estrategias familiares: el caso de los trabajadores del carro». VII Congreso de Sociología Jurídica, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

Aimetta, C. y Santa María, J. (2006). «Sobre las estrategias laborales en los trabajadores del carro». VIII Congreso Argentino de Antropología Social, 19 al 22 de septiembre de 2006, Salta, Universidad Nacional de Salta.

Araya Umaña, S. (2002), Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión, en Cuadernos de Ciencias Sociales 127, FLACSO, Costa Rica.

Bayón, M.C. (2015). *La Integración Excluyente* (Cap. 4: “Las representaciones de la pobreza y la construcción de la otredad”). México: Bonilla Artigas / IISUNAM. Pp. 125-150.

Bottero, W. (2007). “Social Inequality and Interaction”, en *Sociology Compass* (1-2): 814-831.

Carman, M.; Vieira, N. y Ramiro, S. (2013). Introducción. Antropología, diferencia y segregación urbana. En Carman, María; Vieira, Neiva y Ramiro, Segura (Coords.) *Segregación y diferencia en la ciudad*, FLACSO-CLACSO-MIDUVI: Ecuador.

- Duhau, E. (2013). La división social del espacio metropolitano. Una propuesta de análisis. En Nueva Sociedad, 243, 79-91, ISSN: 0251-3552. Disponible en: www.nuso.org
- Duhau, E. y Giglia, A. (2004). Conflictos por el espacio y orden urbano. En Estudios demográficos y urbanos, 56, 257-288, México.
- Duhau, E. y Giglia, A. (2008). Introducción. Orden urbano y experiencias metropolitanas. En Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli. Siglo XXI, UAM, México.
- Eguía, A. et al (2005). “Diagnóstico integral de las condiciones de vida de los barrios La Unión y El Mercadito”. Informe basado en censo realizado en barrios pobres del partido de La Plata elevados a la Municipalidad de La Plata y al Ministerio de Desarrollo Humano PBA. FaHCE-UNLP.
- Eguía, A. y Ortale, S. (2007), Los significados de la pobreza, Biblos, La Plata.
- Jodelet, D. (2011). Aportes del enfoque de las representaciones sociales al campo de la educación. En Espacios en Blanco, Serie indagaciones, 21, 133-154.
- Kessler, G. (2012). Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular. *Espacios en blanco. Serie indagaciones* , 22(1), 165-197.
- Lamont, M. y Molnar, V. (2002). “The study of boundaries in the social sciences”. Annual review of Sociology, 28, 167-195
- Ley 14.449 “Acceso justo al hábitat”. Sancionada el 9/1/2013. Provincia de Buenos Aires.
- Lindón, A. (2006) “Geografías de la vida cotidiana” en Hiernaux, D. y Lindon, A. (Dir.) Tratado de geografía humana, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México.
- Pi Puig, A.P. (2015). Algunas reflexiones en torno a la gestión de la basura en contextos de pobreza urbana a partir del estudio de caso en los barrios La Unión y El Mercadito (La Plata, Argentina). XI RAM, Montevideo.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD 2009): *Segregación residencial en Argentina. Aportes para el desarrollo humano en Argentina/2009*, Buenos Aires: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Rausky, M. E. (2010). «El revés de la infancia: experiencias en torno al trabajo infantil en sectores pobres urbanos de la ciudad de La Plata» Tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

- Saraví, G. (2007). Nuevas realidades, nuevos enfoques: exclusión social en América Latina. En G. Saraví (ed.). De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina. Buenos Aires: Prometeo.
- Saraví, G. A. (2008). Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México. *Eure*, 34(103), pp. 93-110, Chile.
- Schteingart, M. (2001). La división social del espacio en las ciudades. En *Perfiles latinoamericanos*, 19, 13-31, FLACSO, Mexico DF.
- Segura, R. (2006). Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico. Cuadernos del IDES. Buenos Aires. ISSN 1668-1053
- Segura, R. (2009). La persistencia de la forma (y sus omisiones). Un estudio del espacio urbano de La Plata a través de sus ciudades análogas. En *Cuadernos de Antropología Social*, 30, pp. 173–197. Buenos Aires, ISSN: 0327-3776.
- Segura, R. (2011). «La trama relacional de la periferia de la ciudad de La Plata. La figuración ´establecidos-outsiders´ revisitada». *Publicar*, (10), junio, p.85.
- Segura, R. (2012). «Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata» en *QUID 16, Revista de Área de Estudios Urbanos*, 106-132. Buenos Aires: IIGG-UBA.
- Segura, R. (2014a). “El espacio urbano y la (re)producción de desigualdades sociales. Desacoples entre distribución del ingreso y patrones de urbanización en ciudades latinoamericanas”, *desiguALdades.net Working Paper Series 65*, Berlin: desiguALdades.net International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Segura, R. (2014b). «Desigualdad social y espacio urbano. Reflexiones sobre naturalización, legitimación y reproducción de las desigualdades en el espacio urbano». XI Congreso Argentino de Antropología Social, 20 al 26 de julio de 2014, Rosario, Universidad Nacional de Rosario.